

Watanabe, Shinya. *Dominio provincial en el Imperio inca*. Yokohama: Shumpusha, 2015, 290 pp., ilustr.

La literatura sobre estrategias de expansión y control empleadas por el Tahuantinsuyo es uno de los rubros más dinámicos de los estudios andinos. Esta literatura andinista forma parte de una discusión mayor sobre arqueología e historia de los imperios. El libro del arqueólogo japonés Shinya Watanabe aborda este tema para Cajamarca, al norte del Perú. En ese sentido, planteamos la siguiente interrogante: ¿Cuál es su aporte a la discusión académica sobre estrategias imperiales *latu sensu*, al caso inca y, más puntualmente, a la historia precolonial tardía de esta región?

Es importante tener en cuenta que este libro bellamente impreso es la segunda parte de la tesis doctoral de Watanabe —la primera parte fue publicada en el año 2013 como *Estructura en los Andes antiguos*—. Su aparición en castellano, además, constituye una excelente iniciativa que no debe pasarse por alto. En general, se trata de un texto claro y ameno con una estructura que facilita su lectura, aunque algunos errores de redacción en ocasiones dificultan la comprensión de sus novedosos planteamientos.

El libro tiene cinco capítulos. El primero expone organizadamente la información contenida en la documentación colonial temprana publicada sobre Cajamarca (crónicas, visitas, testamentos, entre otros), que ha sido empleada para proponer una imagen del periodo precolonial tardío. Esta revisión documental le permite al autor plantear una discusión sobre las *huarangas*, divisiones locales existentes en Cajamarca, al menos durante el Tahuantinsuyo. Watanabe propone usar la arqueología para debatir «si el prototipo de las siete *huarangas* de la Cajamarca incaica se remonta a tiempos preincaicos» (67). En los dos siguientes capítulos, Watanabe presenta y discute la evidencia de dos sitios arqueológicos cajamarquinos excavados por él: Santa Delia (provincia de Cajamarca), hacia el este, y Tantarica (provincia de Contumazá), hacia el oeste. La razonable justificación para esta selección es que ambos sitios poseen historias distintas: Santa Delia carecería de ocupación inca, incluso podría asumirse que

estuvo abandonado durante el Horizonte Tardío; Tantarica, en cambio, tiene cerámica chimú, chimú-inca e inca. Este contraste es fundamental para la discusión de Watanabe. El cuarto capítulo se ocupa de algunos de los modelos existentes para explicar el sistema imperial incaico revisando la literatura sobre dos casos: Chíncha y los alrededores del lago Titicaca. El quinto capítulo trata otros modelos más generales, extraandinos, para discutir la dinámica social andina y sustentar su «modelo pendular». ¿En qué consiste este modelo? Según Watanabe, el imperio incaico pudo extenderse tan rápidamente debido a las condiciones previas en el territorio andino y a que la población se encontraba organizada de un modo característico, tetraédrico (242, 244). Hay muchos temas valiosos y discutibles planteados por el libro, pero por cuestiones de espacio voy a concentrarme en el capítulo tercero, que —revisada la estructura del libro— es el punto neurálgico de su argumentación.

El capítulo tercero —sobre Tantarica— tiene una estructura semejante a la del anterior —sobre Santa Delia—, pues primero se presenta la arquitectura y luego la cerámica. En el caso de Tantarica, la descripción arquitectónica permite atisbar presencia inca, pero la evidencia más impactante es alfarera. Watanabe comienza describiendo cuatro estilos —tantarica tosco, tantarica anaranjado, tantarica negro pintado y tantarica rojo alisado— cuya procedencia es incierta; pero posteriormente anota: «El tantarica tosco y el tantarica anaranjado tienen arena granulosa como temperante, y a veces llevan diseños reticulados como resultado de la técnica del paleteado, lo *que indica que la técnica de producción de cerámica procedía de la costa*» (170; énfasis agregado). Esta observación resume bien algunas de las limitaciones de la ceramología andina actual. Primero, Watanabe se refiere al paleteado como costeño en un sentido atemporal, sin incluir referencias bibliográficas. Segundo, es claro que está asumiendo una observación etnográfica sobre la presencia del paleteado en la costa, pero no lo indica. Tercero, sin necesidad de afirmar que las vasijas son costeras, establece un vínculo entre una técnica y una región, sin desarrollarlos.

Tratados los diversos tipos tantarica, pasamos a la sección fundamental del libro: la exposición de los estilos chimú, chimú-inca e inca.

Lamentablemente, esta sección no cumple las pautas básicas de la ceramología andina establecidas en las décadas de 1960 y 1970. Listo algunos ejemplos. Al presentar la cerámica, Watanabe jamás establece el número total de piezas o fragmentos excavados en Tantarica —ni Santa Delia—. No señala porcentajes —ni números absolutos— de cada uno de los tipos encontrados, ni discute la distribución horizontal diferencial detallada de la cerámica en Tantarica —aunque sí lo hace de manera general para Santa Delia (125)—. Watanabe tampoco cumple con los requerimientos básicos de la ceramología actual. Las formas cerámicas inca ya fueron dibujadas por otros autores, y nuestro autor las aprovecha, pero para el resto de material cerámico de Tantarica no incluye representaciones completas —salvo excepciones, como los cuencos—. Representar formas completas, formando vajillas, permite conocer y comparar el repertorio formal de la cerámica del sitio (se puede revisar, por ejemplo, el trabajo de Hugo Ikehara sobre Kushipampa publicado en 2008). Watanabe no profundiza en la explicación de las técnicas de manufactura, no cruza información sobre estilos, técnicas y/o pastas; tampoco propone —ni hipotéticamente— cómo funcionaron los sistemas de producción y distribución de la cerámica que excavó. Tiene observaciones episódicas pero no una propuesta coherente de conjunto (véase, en cambio, el trabajo de Harmut Tschauener sobre los alfareros de la Pampa de Burros publicado en 2009).

Por otro lado, al final del tercer capítulo, al discutir sus resultados, Watanabe señala: «El alto porcentaje de cerámica costeña en la *composición* de la cerámica recuperada indica que hubo movimiento poblacional desde la costa hacia la sierra» (194; énfasis agregado). Para comenzar, hay un problema en el texto: no queda claro si quiso decir «arcilla costeña» o que hubo un gran número de fragmentos y vasijas costeñas. Segundo, el «alto porcentaje» aparece de la nada, ya que ninguna cifra absoluta ni relativa precisa es presentada en el libro. Tercero, si Watanabe se refiere a «composición de la cerámica», pudo haber mostrado los análisis de laboratorio que sustentan la procedencia geográfica del material. Asimismo, no especifica en qué indicios basa sus observaciones sobre su proveniencia (decoración, técnica de manufactura, arcilla, temperantes, etc.).

Esta cita ilustra el procedimiento general del autor: el material cerámico mostrado y sus planteamientos están desconectados. En suma, esta serie de ausencias elementales hace imposible seguir temas tan interesantes como la presencia chimú, chimú-inca e inca en el sitio. Si el libro trata sobre los modelos de dominación inca, la cerámica de Tantarica era ideal para discutirlos. Watanabe desaprovecha esta oportunidad.

Los dos capítulos finales son más teóricos. Es difícil seguir las reflexiones de Watanabe sobre modelos políticos andinos y extraandinos después de leer su deficiente análisis alfarero. La idea del «modelo pendular» es sugestiva, pero ¿cómo puedo discutirla si ni siquiera su propio autor puede demostrarla en detalle con el rico material cerámico de Tantarica? Sería valioso que Watanabe publique un buen reporte de la cerámica de Tantarica que nos permita contar con material empírico para entender y discutir las relaciones estilísticas y sociales entre lo chimú, lo inca y las sociedades locales, y consecuentemente entrar al debate sobre modos de dominación inca en Cajamarca. Podremos entonces discutir seriamente su «modelo pendular».

Finalmente, volviendo a la interrogante planteada al inicio, creo que este libro podría ser útil para los interesados en arqueología precolonial tardía de Cajamarca, pero dudo que repercuta en la discusión académica sobre dominación inca o imperios en general.

Gabriel Ramón
Pontificia Universidad Católica del Perú